

JOSÉ FRANQUESA Y GOMIS

LA VENGANZA EN EL SEPULCRO

COMEDIA INÉDITA

DE D. ALONSO DE CÓRDOBA MALDONADO (1)

La soberbia figura de *El Burlador de Sevilla*, arrancada, por el genio de Tirso de Molina, de las sombrías, pero sublimes leyendas populares de la Edad Media, para quedar convertida en *el carácter más teatral que se ha visto sobre las tablas desde que hay representaciones*, según dijo el P. Artega, nació en la escena con tales rasgos de enérgica crudeza, de intensa poesía y de soberana hermosura, que á los pocos meses ya avasallaba los públicos de toda España, y á los pocos años fascinaba los de toda la Europa latina, aunque al adaptarse á transformaciones sucesivas y al admitir nuevas variantes y hablar distintos idiomas, se mutilara cada vez más la viril entereza del personaje primitivo, y al fin se extinguiera por completo la sobriedad de líneas del admirable original.

(1) Sin tiempo suficiente para corresponder de una manera digna á una galante invitación por la que me sentí obligado á colaborar en este libro, tributo de admiración y de respeto á mi excelente amigo y sabio maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo (mi condiscípulo en 1871, á quien ya saludamos entonces los compañeros como una gloria eminente de las letras españolas), he escrito algunas cuartillas para dar cuenta de una comedia inédita que sobre el tema de *Don Juan Tenorio* compuso Alonso de Córdoba. Supe su existencia por la nota que da en su libro D. Cayetano Alberto de la Barrera, y ha hablado también de la misma el Doctor Farinelli en su estudio sobre *Don Juan* del *Giornale storico della letteratura italiana*, de Torino, 1896; pero no sé que nadie haya tratado extensamente de ella. Esta novedad será, sin duda, el único mérito de mi trabajo.

No registra la historia del teatro suceso igual ni éxito parecido. Desde que en la segunda mitad del siglo XVII, reciente todavía la publicación de la obra inicial (*El Burlador* había sido impreso por primera vez en Barcelona, por Jerónimo Margarit, en 1630) (1), fué *Don Juan Tenorio* trasplantado á Italia por Giliberto de Solofra y luego por Cicognini, por el siciliano Perrucci y por Prendarca, entre otros varios, para que luciera sus galas en el drama, en la ópera, en el baile y hasta en la *commedia dell' arte*, y fué llevado á Francia por Villiers y Dorimond, y más tarde por el gran Molière, no cesó de llenar los escenarios con su nombre una caterva de libertinos insolentes y de seductores espadachines, rara dinastía de rufianes aventureros y de conquistadores de mujeres que, no cabiendo ya en el teatro, ha invadido últimamente el cuento, el poema, la novela, y, en suma, todos los géneros literarios que existían y aun alguno que ha inventado; pro genie abundantísima del primitivo *Burlador*, tan bulliciosa como innumerable, pero bastarda al fin, como hija de *Don Juan* que es. No hay apenas, en efecto, entre el número infinito de autores que han reproducido el singular personaje imaginado por Téllez, quien manifieste haberse penetrado de su significación moral ni de la profunda poesía que encierra la forma de su castigo, y por lo menos, en el teatro, no aparece quien haya abarcado el tipo con la segura mirada del perspicaz Mercedario (aunque bien pudiera recordarse aquí, como excepción, el magnífico drama del genial poeta ruso Pouchkine, por desgracia incompleto); pero tales deben de ser los gérmenes de vida que atesora la creación de Tirso, que aun así, mistificada y rota, basta cada uno de sus informes restos, ó de sus lejanas derivaciones, para encender de nuevo la afición de las multitudes á contem-

(1) Véase el excelente estudio sobre Tirso de Molina debido al ilustrado escritor D. Emilio Cotarelo (Madrid, 1893); libro tan lleno de erudición como de entusiasmo por la gloria del insigne fraile de la Merced.

plar las raras aventuras del famoso protagonista, afición que hoy menos que nunca lleva trazas de languidecer.

Explique, quien pueda y sepa, el secreto de la atracción misteriosa que logra ejercer en las gentes un mozo tal como D. Juan, procaz y veleidoso, arrogante y desenfrenado, cuya vida es un tejido de insolencias, y cuya historia es una serie de crímenes, que ni la empresa es cosa llana ni para tratada á la ligera. Pero aun sin ahondar en la materia ni hacer el menor caso de cuantos poetas y críticos de nuestros días han visto en él un símbolo de viejos ó de nuevos ideales, que para todos los gustos hay, ó le han considerado como un profeta, un filósofo ó un civilizador digno de remozar un mundo y aun de descubrir otro nada menos que acompañado de Cristóbal Colón, como así nos lo presenta en su drama el bueno de Desiderio Laverdant, es innegable que algo más que un vulgar libertino palpita en el fondo de tan interesante personaje. Por algo Tirso de Molina con su asombrosa intuición quiso retratarle noble, generoso, valiente y aun temerario, tipo perfecto del seductor digno de serlo (y lástima grande que sólo esbozara la figura en algunas de las escenas más salientes, y escribiera con tanto descuido y precipitación el drama que había de ser ¡quién sabe si así y todo lo es! la obra capital del teatro castellano); y de todos modos, no es nada extravagante adivinar en él, como ya lo vió la férvida fantasía de Hoffmann, el desasosiego de quien procura inútilmente satisfacer en fugaces placeres sus ensueños de ventura, y de quien más que el goce brutal de los sentidos siente el anhelo de una felicidad imposible, y que por lo mismo pretende desasirse de los vínculos sociales que le atan á la vida ordinaria como cárceles que cree de su alma joven y arrebatada.

Ello es que los públicos mostraron interés desde el primer momento por la suerte del atrevido mancebo, y aun es preciso confesar que no le han disgustado el arrepentimiento y consiguiente apoteosis final con que, á mi modo de ver, con pésimo acuerdo y en detrimento del efecto es-

tético definitivo, han resuelto acabar sus dramas Alejandro Dumas en Francia, y en España el eminente Zorrilla. Y lo más curioso está en que el instinto poético de las muchedumbres se anticipó con mucho al talento de los críticos en apreciar todo el valor de la personalidad de *Don Juan*. Casi puede asegurarse que la opinión del P. Artega fué única en su siglo, ya que los restantes preceptistas y literatos de todas partes no sabían cómo mejor manifestar su desprecio por aquel tipo teatral, considerándole constantemente una creación ridícula, monstruosa y extravagante. Aun los mismos autores participaban de tan falsa idea, y basta leer el prólogo del *Don Juan*, de Molière, ó las *Memorias*, de Goldoni, para convencerse de cómo trataron ambos el asunto, bien á pesar suyo, y tan sólo obedeciendo á las imposiciones de la multitud y á las exigencias de sus compañías; y de ésta suerte fué continuando, hasta la renovación del gusto en este siglo, tan notable desacuerdo entre los escritores y sus públicos.

El de España, como es natural, conociendo el asunto de tan cerca, es entre todos el que más se ha sentido cautivado en todo tiempo por las arrogancias del héroe sevillano, y el que más hondamente se ha conmovido ante las sublimes escenas del convite de la estatua; y desde los días de la aparición de *El Burlador* hasta estas fechas, ha repartido por igual sus más entusiastas aplausos, durante tres siglos, entre otras tantas obras sucesivas de mérito muy distinto, pero al fin desarrollos del mismo tema, como son los dramas de Tirso, Zamora y Zorrilla.

A la verdad, éstas son las únicas producciones españolas dignas de estudio y las más comunmente citadas, puesto que, si no faltan otras varias que se relacionan con el asunto, ó no tratan directamente el personaje, ó han sido efímeras y desdichadas tentativas para reemplazar en los teatros, con disparatados engendros, las representaciones tradicionales. Pero si aun tan menguados ensayos han de ocupar algún espacio en un estudio completo de la literatura *donjuanista* en España, merécelo mayor, sin

duda, un drama de D. Alonso de Córdoba, basado en el de Tirso, y no ciertamente por su mérito, que es muy escaso aun comparándole con la endeble producción de Zamora, sino por ser anterior á ésta, por la curiosidad que despierta todo cuanto se enlace con la historia del gran siglo del teatro castellano; y, cuando no por otra cosa, por el prestigio de que parece se rodea toda obra antigua, sobre todo cuanto es rara é inédita.

La circunstancia de ser D. Juan Tenorio el protagonista de esta obra, hace extrañar que haya quedado hasta ahora tan absolutamente desconocida; y por lo mismo no holgará aquí una reseña, aunque muy ligera, de su argumento, y una noticia general del manuscrito, dejando á la sagacidad de más expertos exploradores el trabajo de graduar mejor sus quilates literarios.

El manuscrito perteneció á la biblioteca del Duque de Osuna, y hoy está en la Nacional, y contiene una copia de *La venganza en el sepulcro*, comedia en tres actos de D. Alonso de Córdoba y Maldonado. La primera página dice: «Primera jornada de la bengança en el sepulcro, de Caballero» (tal vez sea el nombre del copista); pero en la siguiente se lee: «La bengança en el sepulcro de don Alonso de Cordoua y maldonado, Criado de su mag.<sup>td</sup>» Al fin de cada jornada va indicado el número de versos de que consta, y son 1.080 la primera, 789 la segunda y 750 la tercera, ó sean todos los de la comedia 2.620. Como copia es bastante mala, y en la lectura hay que ir corrigiendo frecuentes deslices y restablecer mentalmente los finales de los versos, á menudo descoyuntados. Los personajes de la obra son: D. Juan Tenorio; Colchón, gracioso; el Marqués de la Mota; D. Gonzalo de Ulloa; el Asistente; un Alcayde; un Alguacil; Doña Ana, dama; Inés, criada; dos Criados, acompañamiento y músicos. Poca gente, á la verdad, para reconstruir la obra de Tirso; y no entrando en la acción más que una sola dama, no es difícil adivinar que las empresas amorosas de D. Juan han de quedar forzosamente reducidas á muy poca cosa.

Pobrísima es, en efecto, la trama urdida por Córdoba, quien, á fuerza de querer simplificar el cuadro, achica tanto las proporciones del héroe, que queda sin relieve alguno al salir tan mal librado de la única aventura á que se arriesga.

He aquí el asunto. Doña Ana de Ulloa, hija de Don Gonzalo, destinada á ser la esposa del Marqués de la Mota dentro muy breves días, al pasear con su criada por los alrededores de Sevilla, se ve súbitamente acosada por Don Juan Tenorio, quien, tras larga ausencia, acaba de llegar á su ciudad natal para hacerse cargo de la herencia de su padre. Aterrada la dama por el exabrupto del galán, procura entretenerle exigiéndole un relato circunstanciado de su vida, y viene, en efecto, la larguísima narración de tan estupendas hazañas: la fuga de la casa paterna á los quince años; sus requiebros á una joven aldeana de cerca Toledo que acababa de desposarse, y que promueven una acometida de cincuenta villanos celosos del honor del novio, á todos los cuales dispersa con la espada; su pendencia con un hidalgo, cuya muerte quiere vengar una turba multa, deshecha también por él á estocada limpia; su escapatoria al monte, donde se enamora de la serrana Celia, la cual prefiere un príncipe, y es, por consiguiente, causa de un nuevo homicidio; su huída á Inglaterra y á Flandes, donde destroza cuatrocientos enemigos que venían en dos barcas holandesas, etc., etc., etc. Ante hecatombe tal, aunque lejana, y ante las brutales amenazas que ya de más cerca la dirige Tenorio, por si no accede á concederle su mano, Doña Ana procura desasirse del importuno fingiendo consentimiento. Al día siguiente fáltale tiempo á D. Juan para presentarse en casa de D. Gonzalo de Ulloa, á quien encuentra departiendo con el Marqués de la Mota, el futuro esposo de Doña Ana. Pronto conoce D. Juan los poderosos motivos que tiene el Marqués para frecuentar la casa; y al notar que Doña Ana huye de su vista y que le engañó con falsas esperanzas al evadirse de su presencia, jura que, casándose ó no, ha de poseerla

aquella misma noche. Cuando ésta llega, acecha desde la calle el momento de penetrar en la casa, dirigiéndose tras de D. Gonzalo, que entra en ella, en busca de su dama. El irritado padre le intercepta el paso: crúzanse los aceros, y cae el anciano atravesado por la espada del libertino. A los gritos de la víctima acude el Marqués, que, celoso ya, estaba apostado también en la misma calle, y llega el Asistente acompañado de varios alguaciles para enterarse del suceso; pero como por esta vez no cree prudente D. Juan repetir contra tantos el espectáculo de sus heroicas cuchilladas, y tiene por mejor el escaparse con su criado, el Asistente considera indudable que el asesinato del Comendador Ulloa no puede atribuirse á nadie más que al futuro yerno, que allí se halla con el acero desnudo, y, por lo tanto, declara preso al Marqués de la Mota, á pesar de todas sus protestas.

Hasta aquí la primera jornada, la cual, como exposición, no iría mal si el autor hubiese sabido comunicar mayor animación á las escenas y mayor viveza al diálogo. Esta misma falta de calor, que es el defecto más grande del drama, se nota en las jornadas siguientes. La segunda empieza con una nueva entrevista de D. Juan y Doña Ana. Ésta, que abriga ciertas sospechas de que no es el Marqués el matador de su padre, resiste ya con mayor energía las pretensiones del galanteador, quien á su vez va sintiendo por ella una pasión verdadera, que jamás había conocido hasta ahora. A ser mayores los alientos poéticos de Córdoba, de aquí podían brotar una serie de situaciones altamente interesantes; como que de una parecida y hábilmente explotada arranca la mayor parte del mérito positivo del popular drama de Zorrilla. La desconsolada dama, que por de pronto sólo concibe ideas de venganza, finge pedir de nuevo el plazo de un día al enamorado galán para darle su mano.

DOÑA ANA

Sólo un día....

D. JUAN

Será un año.

DOÑA ANA

Os pido.....

D. JUAN

Acortad el día.....

DOÑA ANA

De plazo.....

D. JUAN

Para ser mía.

DOÑA ANA

¡Quién lo duda! (*Aparte.*) ¡Con mi muerte!

D. JUAN

Loco estoy, que de otra suerte  
No cumple bien mi alegría.Y en cuanto D. Juan queda solo con el criado, así  
hablan:

COLCHÓN

¿Tú eres el que decías:  
Yo he de gozar á Doña Ana  
Antes que llegue mañana,  
Matando suegros y tías?

D. JUAN

¡Qué quieres! Yo no sabía  
Qué era amor ni qué hermosura.  
Sólo en condición tan dura  
Predominó valentía,  
Desgarro, venganza, guerra,  
Para las cosas de amor  
Siendo un hielo, y mi furor  
Otro azote de la tierra.Mas no sé, Colchón, no sé  
Qué encanto tiene, qué hechizo  
Esta mujer que deshizo  
Este rayo que vibré;  
Pues en este brazo el Cielo  
Parece puso la injuria  
De su enojo y de mi furia  
Para castigo del suelo.  
Y ya, oh tirano Cupido,  
Ni es rayo, furia ni enojo,  
Sino un rendido despojo  
A un ángel que me ha vencido.

COLCHÓN

¿Tú de blanda condición?....

D. JUAN

Sí; sin perjuicio del brío,  
Que mi valor siempre es mío  
Con una resolución:  
Y ¡ay, Colchón, y ay de Doña Ana  
Si me da con el Marqués  
Celos, y ay de ella después  
Si no es mía de aquí á mañana!....Y no deja de manifestar cierta delicadeza de observación  
que al indicarle el criado, después de estos versos, como un  
amor más fácil encontraría cerca de otra dama que le  
aguarda y de la cual es mensajero, D. Juan rechaza in-  
dignado la oferta y continúe con sus elogios á la que ha de  
ser su esposa.Aparece luego en la prisión el Marqués de la Mota la-  
mentando sus desdichas. Como todo el afán de Doña Ana  
está en saber si realmente es éste el culpable, logra fácil-  
mente comprobar su inocencia al penetrar en el encierro,  
tapada y disfrazada junto con su doncella. Pero cuando,  
segura de la lealtad del Marqués, renueva sus juramentos  
á tan constante enamorado, comparece D. Juan á turbar  
su dulce coloquio, pretendiendo insolentemente desembo-  
zar las tapadas. Acude á los gritos el Alcayde, y entonces,  
para salvar á su dama, se le ocurre al Marqués una idea

muy ingeniosa. Declara á D. Juan que aquellas mujeres son ni más ni menos que la esposa y la criada del Alcayde, y que entretenga á éste si quiere salvar su decoro mientras ellas desaparecen, y D. Juan accede á ello, aunque no sin mandar á Colchón que las siga y las vigile. Pronto regresa el criado anunciándole que se han refugiado en la iglesia, y en ella penetran ambos; y al detenerse á examinar las capillas, *córrese una cortina, descúbrese un sepulcro bien formado y adornado y en él D. Gonzalo de Ulloa, como se vió el convidado de piedra antiguamente* (1), *y hay un letrero.*

Y viene entonces la consabida escena de la invitación:

COLCHÓN

Pues aquí bien hay que ver.

D. JUAN

Sí: despacio le veamos  
Y este letrero leamos.

COLCHÓN

Yo no lo acierto á leer.

D. JUAN

«Aguardo aquí de un traidor  
Que Dios venganza me dé.»  
De esa sentencia apelé  
Cuando fuí el ejecutor  
De vuestra muerte, buen viejo.  
Don Gonzalo es el que miras.

COLCHÓN

¿De Ulloa?

(1) Esto parece indicar que ya desde un principio se conoció vulgarmente el drama de Tirso con el nombre de *El convidado de piedra*. Tal es también el título de las primeras imitaciones extranjeras.

D. JUAN

Sí: ¿qué te admiras?

COLCHÓN

De que tú en aqueste espejo  
No te mires.

D. JUAN

¿Me predicas?

COLCHÓN

Los dientes me hace crujir  
El letrero.

D. JUAN

A mí reir.

¿Qué cosas tiene tan ricas  
La capilla!....

Pero nada importa reproducir los restantes versos de esta escena, por los que invita D. Juan á la estatua á cenar con él, ni los de la siguiente, que describen la famosa cena, con la que termina la segunda jornada, que no deja, con todo, de ser la mejor hilvanada y más bien construída de la obra. Ni aun la presencia del Comendador ni la arrojada resolución del protagonista de ir á devolverle la visita en su propia tumba, sugieren á Córdoba más que impertinencias del gracioso y ridículas jactancias de Don Juan, que no cesa en todo el drama de ponderar su valor y de considerarse como muy superior al Cid, siendo lo peor del caso que tales bravatas, vertidas en un estilo desalentado y sin nervio, no llegan á producir jamás una sola frase que impresione al alma; sin que se vea, por lo tanto, en tan pálida y desabrida imitación de Tirso ni siquiera la lejana silueta que recuerde algo de aquel arrogante *Burlador*, sobrio siempre de palabras, pero que demuestra tener *brío y corazón en las carnes*.

La última jornada es la más pobre en incidentes y la

menos interesante de todas. Después de una severa re-  
prensión que por llevar alborotada la ciudad con sus es-  
cándalos, aunque sin decir cuáles sean éstos, dirige el  
Asistente á D. Juan, éste va á exigir de Doña Ana el cum-  
plimiento de su palabra. Mantiénela la dama, pero con  
una condición: que antes de ser su esposa la vengue de su  
ofensor.

D. JUAN

Tened, decidme de quién,  
Decidlo presto, acabad,  
Que de mí mismo si fuera  
De quien agraviada estáis  
Os vengaba con mi muerte.

DOÑA ANA

Yo lo acepto.

D. JUAN

Pues hablad,  
Decidme quién es, decidlo.

DOÑA ANA

Es.....

D. JUAN

¿Quién?

DOÑA ANA

Don Juan.

D. JUAN

¿Qué Don Juan?

DOÑA ANA

Tenorio.

D. JUAN

¿En qué os ofendió?

DOÑA ANA

Matóme mi padre.

A nuevos incidentes dramáticos prestábase también esta  
cogida del protagonista, si el autor hubiese pretendido  
sostener incólume su carácter; pero Córdoba la malogra,  
falto de recursos como siempre, y opta por hacerle exigir  
ante todo la mano de Doña Ana. Los gritos de la víctima  
atraen al Asistente *con todo el acompañamiento que se pue-  
da*; pero esta vez D. Juan se sale del paso dejando con  
sus sablazos limpia la escena de tan extraordinaria mul-  
titud.

Lo restante es ya muy poco. Nuevas lamentaciones del  
Marqués en su injusta cárcel, consoladas únicamente por  
una carta que la doncella Inés le trae de su amada; la cena  
en el sepulcro y consiguiente muerte del héroe entre true-  
nos y estallidos (con algún leve rasgo de poesía nacida del  
mismo asunto), y la liberación del Marqués decretada por  
el Asistente, que, con mengua de la tétrica soledad de  
que debiera revestirse, presencié la escena de la tumba y  
conoció la verdad del crimen.

Tal es, á grandes rasgos explicada, *La venganza en el  
sepulcro* de D. Alonso de Córdoba. Huelgan ya aquí nue-  
vos comentarios sobre la comedia, porque queda ya apun-  
tada, entre la breve anterior reseña de la misma, la im-  
presión general que produce de ser una obra muy media-  
na, y porque entra más en mi propósito dar noticias de  
ella que aventurar ningún juicio literario.

Pero aun así, considero deber mío advertir á los que,  
tal vez seducidos por la belleza de su asunto, pretendie-  
ran conocerla en todos sus detalles, que ni corresponde  
dignamente al tema, ni compensa bastante el esfuerzo que  
en el estado actual supone la lectura del manuscrito, lo  
cual no quiere decir que no fuera conveniente su publi-  
cación, por tratarse de un tipo eminentemente español  
como es D. Juan Tenorio, y por ofrecer, á los aficiona-  
dos á estudiarlos todos, un dato más de su constante po-  
pularidad.

*La venganza en el sepulcro* es, á todas luces, del siglo XVII,  
y seguramente de su segunda mitad. Así induce á creer-

lo el *antiguamente* de que hace uso Córdoba al aludir á la comedia de Tirso (ésta cree el Sr. Cotarelo que fué escrita en 1625), y más que todo el lenguaje y estilo, que acusan indudablemente un período de decadencia. Los continuos lamentos del Marqués de la Mota en su prisión, y las disparatadas silvas con que en el primer acto declaran el héroe su amor y Doña Ana sus evasivas, son un remedo infeliz, pero decidido, de aquella expresión tan hinchada y barroca como fogosa y brillante que en metro parecido y en cien diversas ocasiones derramó Calderón á manos llenas. Sólo que cuanto en los imitadores de escasa ó nula fantasía y peor oído resulta extraña jerigonza ó informe amontonamiento de palabras huecas, en Calderón se salva por el fuego con que sabe comunicar vida y fuerza á cuanto dice y por la música de sus versos, llenos y rotundos, henchidos de imágenes hermosas, al lado de muchas otras que son falsísimas y de artificiosas metáforas. Y Calderón, artista amanerado, pero gran artista, es inimitable en este punto, siendo así que fué quien más imitadores tuvo. Niéguese en buen hora su oportunidad en piezas teatrales, y hágase notar cuanto se quiera su falta de consistencia; pero ello es que los discreteos amorosos y galantes declaraciones de los personajes de Calderón fascinan de una manera particular, envueltos, como van, entre lluvias de flores, en versos que parecen cuajados de rocío, de aromas de Mayo, de arrullos de los céfiros, verdaderos trinos de ruiñeñor que embelesan al alma, aunque ella no entienda lo que su canto signifique. Y claro está que, perdido todo este hechizo en cuantos no poseen arte ó *manera* tan maravillosos, el efecto que entonces se produce es deplorable, apareciendo con toda su fealdad el mal gusto de los autores.

Por lo que toca al de *La venganza en el sepulcro*, no hay que reprenderle por constantes estos intentos. Embiste, sí, aunque con la mala fortuna de tantos otros, el estilo calderoniano en las escenas que considera susceptibles de mayor gala; pero en la mayor parte de la obra aparece

prosáico hasta lo sumo, y tan pedestre y desalentado, que llega á dar á entender que no le era la poesía ejercicio propio, mostrando que ni siquiera le era familiar el manejo de la rima y aun la medición exacta de los versos.

Menos ahondará, y esto ya se comprende mejor, en el estudio de caracteres; y por lo que respecta al de D. Juan, demuestra no haberle servido de precedente alguno el maravilloso esbozo de Tirso de Molina. El *Don Juan* de Córdoba se pasa la obra pretendiendo casarse con Doña Ana, sin que llegue á conseguirlo; nada tampoco sabríamos de sus decantadas proezas, si él no las contara á su dama en la primera escena; y por cierto que por ellas, más que de un mozo enamorado, se conoce la existencia de un matón, y con tanto como habla de su valor y de sus desafíos y muertes, en la escena sólo sabe matar un anciano de una manera burda é inmotivada, puesto que huye cobardemente sin realizar ninguna de sus amenazas.

La figura del *Burlador* quedó, pues, ya desvirtuada en la propia España en el mismo siglo en que había aparecido. No sabemos cómo debió recibir el público el arreglo de Córdoba, como nada se sabe relativo á este autor (verdad es que no he puesto diligencia alguna en averiguarlo), aunque por su escasa imaginación y por el esfuerzo que revelan sus versos, que á veces llegan á parecer de principiante, es de presumir que no produjo mucho y que no llegó á alcanzar ninguna celebridad.

Lo positivo es que Córdoba no añadió con su comedia ningún elemento nuevo á la primitiva leyenda de D. Juan Tenorio. Hermosa leyenda, cuyos dispersos rasgos no han sido agrupados todavía, como no han sido incluidos en un solo estudio todos los autores de distintos tiempos, ni todas las composiciones populares de distintas regiones que de una manera ú otra han tratado tan original figura. Pasó por mi mente el intento de hacer algo en este sentido, con el fin de realizar un trabajo de alguna mayor importancia que el presente; pero supe que en los proyectos de



D. Marcelino Menéndez y Pelayo entra un estudio parecido; y como su erudición es la única capaz de abarcar la materia, acostumbrada, como está, en asuntos literarios á coparlo todo, desistí en absoluto de mi plan, porque cuando el maestro se dispone á hablar, justo es que callen los alumnos y se aperciban á escucharle para aprovechar sus fecundas enseñanzas.

MARIO SCHIFF

LA PREMIÈRE TRADUCTION ESPAGNOLE

DE LA

DIVINE COMÉDIE

Introduite par Micer Francisco Imperial, patronée par le Marquis de Santillane la Divine Comédie fit en Espagne une fortune rapide et brillante. Peu d'œuvres ont influencé aussi profondément et d'une manière aussi durable la littérature espagnole. C'est un art nouveau qui naît. L'école allégorique va triompher à la cour de Jean II et Dante sera pour tous les lettrés de cette époque à la fois un chantre insupérable et un modèle d'érudition. On le cite à tort et à travers, il est de toutes les visions et on l'imite un peu partout. Inigo Lopez de Mendoza fut un des premiers et un des plus zelés à s'imprégner de l'esprit Dantesque; non seulement il emprunte au florentin beaucoup de ses images, mais encore il calque ses formes et propage ainsi le sonnet et l'indécasyllabe. Diego de Burgos, dans son poème sur la mort du Marquis intitulé «El Triunfo del Marqués,» fait dire à Dante:

Leyó el Marqués con gran atencion  
 Aquellas tres partes en que yo hablé,  
 Quál es el estado y la condicion  
 Qu' el ánima humana espera por fe:  
 Allí do los malos penando hallé  
 En gran punicion sin fin de tormentos  
 Y los penitentes en fuego contentos,  
 La gloria esperando que al fin no callé.

Por esta affection assi sin medida  
 Que ovo á mis obras, moví por hablarte,